ELECCIONES SUECAS

Casi un empate

JOAQUÍN RABAGO

URIOSO país Suecia, donde en sólo tres años de gobierno unos partidos de derechas llevan a cabo más nacionalizaciones que la izquierda en cuarenta y cuatro años de poder. Lo que los socialdemócratas se resistieron a hacer hasta el último momento, lo acabaron haciendo —la crisis de ciertos sectores básicos obligaba—: centristas, conservadores y liberales juntos. Es decir, la triada de partidos “burgueses” —como se los llama en Suecia— que relevaron a los socialdemócratas de Palmse en septiembre de 1976. Ha sido realmente, el de esos tres partidos burgueses, un interregno sin demasiada brillantez. No en vano se quejaba cierto diplomático suéco de que donde quiera que fuese oía a la gente hablar de Suecia como de un país socialdemócrata. Exactamente como si nadie se hubiese entereado del relevo conservador. Y es que cuarenta y cuatro años ininterrumpidos de presencia en el poder dejan su huella. Imagínense ustedes algo semejante en España, sólo que con la UCD de don Adolfo Suárez en lugar del SAP (Socialdemokratiska Arbetarepartiet) de Olof Palme.

El caso es que, a finales de 1976, los sucesos decidieron, por medio de las urnas, concederse a sí mismos un respiro, enviando al político más famoso de Escandinavia a la sombra de la oposición para que allí realizara una siempre saludable cura de humildad. Algo que siempre les viene bien a los hombres de gobierno y que justamente posibilita la—tan denostada por algunos— democracia burguesa.

A vueltas con los impuestos

Después de la derrota socialdemócrata —relativa derrota, pues con un 42,7 por ciento de los votos seguían siendo, con mucho, el partido mayoritario—, vendrían las explicaciones de los analistas políticos. Los sucesos habían demostrado estar hartos de pagar impuestos. Y la prensa traería por enésima vez a colación los casos de dos famosos abusos por el implicable fisco: el director de cine Ingmar Bergman, quien optó por hacer las maletas y largarse sin más a los Estados Unidos, y la escritora de cuentos infantiles Astrid Lindgren, a la que Hacienda reclamaba nada menos que el 102 por 100 de sus ingresos.

Casos excepcionales al margen —la media de impuestos pagados por el ciudadano sueco oscila en torno al 50 por 100 de lo que gana—, lo cierto es que, a cambio de tan sustanciosas contribuciones, Estado y municipio ofrecen a la comunidad toda una serie de servicios que en otras latitudes ni se sueñan.

Pero aparte del tema fiscal, los analistas políticos adujeron también otra razón importante del fracaso socialdemócrata: la obtentación campana pronunciar de Palme. Si hay, en efecto, un pueblo especialmente sensible a todo lo que sea la destrucción del propio medio ambiente, es el sueco. ¿Cómo privar a un suelo —a un escandinavo en general— del placer de pasar sus largos fines de semana en una pequeña cabana de madera, sin luz eléctrica ni ningún otro signo de los tiempos, al borde de un río o de un lago sin contaminar? Algo, dicho sea entre paréntesis, cada vez más difícil por culpa de las tan poderosas como indispensables industrias ma- dereras y papeleras.

La batalla nuclear

Con todo, el partido de Olof Palme no quiso o, tal vez, no supo valorar el estado de opinión en ese momento mayoritariamente antinuclear entre la población sueca y siguió insistiendo en su propuesta de un total de trece centrales, de las cuales seis ya estaban en funcionamiento.

Ambos temas, el de los impuestos y el nuclear, ciertamente disgustaron con la creciente burocracia, todo ello unido a algún que otro pequeño escándalo protagonizado por políticos socialdemócratas, y el deseo natural de la gente de ver caras nuevas en las primeras páginas de los periódicos, hicieron que, en las elecciones de hace tres años, los sucesos se inclinaran liguera- ramente hacia los partidos no socialistas, que de esa forma lograron romper el largo monopolio del poder por parte de la izquierda.

El frente burgués entonces creado no iba a resultar, sin embargo, ni mucho menos homogéneo. El partido que había conseguido el máximo de votos (un 24,1 por 100) después de los social- democratas, el llamado “partido del centro” (antes, “agrario”) gracias únicamente a las promesas “verdes” de su líder, Thorbjörn Fälldin, no pudo mantener lo prometido durante la campaña —a saber, que no se construirían más centrales nucleares y que se paralizarían hasta 1985 las que ya estaban en funcionamiento—.
El país, demediado

Las continuas oscilaciones en los resultados provisionales de las elecciones han dado lugar a una madrugada de desesperación. Las dos bandas extremas del espectro, los conservadores y los socialdemócratas, no logran conseguir el triunfo electoral.

Fondo de asalariados: marcha atrás

El Fondo de Asalariados, uno de los programas más populares, ha visto su apoyo disminuir. A pesar de que el gobierno anunció un aumento en los fondos para este programa en el año pasado, los ciudadanos han expresado su descontento.

El juego electoral.

Debido a la presión de los conservadores (15,6 por 100 de los votos) y liberales (11,1 por ciento), partidos, ambos, decidieron pactar.

El primer ministro Falldin, en una reunión con los líderes de ambos partidos, acordaron una solución. Según el acuerdo, el Fondo de Asalariados recibirá un incremento de un 10 por 100 en los próximos meses.

Por otro lado, la economía del país ha sido afectada por la inestabilidad política. A pesar de que el gobierno anunció medidas para estabilizar la situación, el crecimiento económico sigue siendo lento.

El suelo electoral.

Las elecciones han sido un fracaso para el gobierno, que ha perdido la mayoría en el Parlamento. El resultado ha sido una marea de críticas hacia el actual gobierno.

La economía del país: tal es su aversión a las nacionalizaciones.